

Desarraigo y quiebre de escalas en la ciudad de México.

■ —————
*Un problema de semiosis y
estética urbana*

Katya Mandoki
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco



1. Introducción

De los múltiples e intrincados problemas que aquejan a la ciudad de México, quisiera tratar un tema que pareciera nimio y meramente romántico: la cuestión del arraigo. Parece insignificante porque no supone grandes consecuencias políticas o económicas. Sostengo, sin embargo, que en la experiencia del arraigo se anudan varios de los hilos con los que se tejen y se fundamentan un conjunto de prácticas civiles. La dificultad se plantea desde el inicio, pues por una parte ¿cómo detectar esos hilos aparentemente tan inmateriales? ¿Cómo sedimentar en la práctica social problemas que están lejos de resolverse aun en el nivel más manejable del análisis filosófico? y sobre todo ¿de qué arraigo podría hablarse en esta ciudad que no sea al asfalto estéril e impermeable que recubre como un plástico cochambroso la naturaleza de nuestro suelo?

En la ciudad los problemas de la libertad y la legalidad, la espontaneidad y el cálculo, lo particular y lo universal dejan de ser conceptos abstractos de la filosofía para exigir soluciones puntuales en ambos sentidos del término: oportunas y precisas. Asimismo, no es solamente desde un régimen genérico del deber ser desde donde pueden abordarse los problemas de conciencia civil que requiere una ciudad de esta magnitud. Ante la abrumadora complejidad de estos problemas he decidido proceder a la inversa, es decir, examinar el arraigo en sus condiciones e incidencia sobre esta problemática. Argumentaré que el problema de cómo emprender consideraciones tales como la convivencia a escala masiva y revestirlas de un carácter vivo y concreto, para cada uno de los ciudadanos, tiene menos que ver con la legalidad jurídica, la moral familiar o la eficacia policiaca que con un problema de índole estética y semiótica y, concretamente, con la

cuestión del arraigo. Se trata de un problema semiótico porque el arraigo depende de la significación y el sentido que otorgamos a las personas, lugares y prácticas cotidianas. Es también un asunto que concierne a la estética porque el arraigo está vinculado al modo en que percibimos nuestra realidad en términos sensibles. Así pues, que el arraigo concierna a la estética se debe a su dimensión vivencial y sensorial; que concierna también a la semiótica es el resultado de su formación desde procesos de significación del hábitat y de la sociedad.

Si partimos de esta perspectiva doble, abordaremos la cuestión del arraigo en el área metropolitana en razón de sus efectos sociales. Mantenemos el sentido negativo que se desprende del uso común del término "desarraigo" en oposición a la versión positiva heideggeriana del mismo como "extrañamiento" propio de la experiencia estética que se contrapone a la familiaridad del objeto cotidiano. Como lo señala Vattimo (1994:142) para Heidegger "la experiencia estética se orienta a mantener vivo el desarraigo". Contrariamente a lo que propone Vattimo en cuanto a que "el desarraigo es el elemento esencial y no provisional de la experiencia estética" (1994:144) sostengo que la dimensión estética involucra siempre en mayor o menor medida una referencia al arraigo fundado precisamente en el *sensus communis* kantiano. Afirmo incluso que la experiencia estética es siempre experiencia de arraigo en lo que previamente había sido ajeno, es decir, arraigo en aquello que no se nos había presentado con esa viveza. Compartir un juicio de lo bello, en términos específicamente kantianos, es siempre hallar arraigo en la subjetividad del otro, es traspasar lo ajeno de la subjetividad del otro, arraigarnos ambos en un mismo lugar de la experiencia.

2. Semiología de los espacios urbanos

El problema de la significación en la ciudad tiene relevancia tanto en sus aspectos prácticos, funcionales, económicos y políticos como en aquellos que pertenecen al plano de lo imaginario. En la urdimbre de sentidos que implica la ciudad, se apuestan no solo grandes inversiones económicas y decisiones políticas a gran escala, sino también posiciones individuales como proyectos de vida e identidades personales.

Kevin Lynch (1985) plantea el sentido de la ciudad como una de las cinco dimensiones básicas desde las cuales se establecen criterios de normatividad de lo que él llama "la buena forma de la ciudad". Aunque el desarrollo que hace de este tema es relativamente superficial desde el punto de vista de la semiótica, no se equivoca al vincularlo con este campo de análisis. En lo que se equivoca, sin embargo, es en el supuesto de que la semiótica solo opera desde unidades discretas que no son aplicables al análisis urbano. Al contrario de Lynch, mantengo que la semiótica es una herramienta indispensable y útil para esclarecer las implicaciones y condiciones de producción de sentido de la ciudad, explorando a un nivel más específico los aspectos que pueden ser caracterizados precisamente como de orden semiótico.

Por otra parte, los instrumentos del análisis semiótico han superado hace tiempo sus presupuestos iniciales basados en unidades mínimas como el morfema, el fonema y el semema desde una perspectiva glotocéntrica para abarcar una visión dinámica de la significación como un proceso integrado a lo largo de escalas funcionales continuas, más que una yuxtaposición de elementos y unidades aisladas.

Lynch plantea que "el sentido depende de la forma y de la calidad del espacio, pero también de la

cultura, del temperamento, del *status*, de la experiencia y del objetivo actual del observador" (1985:100). Habla de sentidos variables para cada individuo y de sentidos constantes que define como de base biológica y de base cultural. Esta distinción aporta poco, pues las bases biológica y cultural son también variables en cierta medida, mientras que lo individual no es simplemente variable. Esta aproximación dualista que supone a lo colectivo como constante y a lo individual variable, implica una acepción estática y homogeneizadora de lo social que obstaculiza la comprensión de la semiosis urbana, además de oponer peligrosamente una instancia a la otra.

3. Sentido de lugar y locus

El "sentido del lugar" es una idea común a varios urbanistas con diferentes denominaciones, no solo Lynch. Rossi (1971), por ejemplo, propone la noción de *locus* o *genius loci* para distinguir ese sentido propio de un lugar. La plantea como estrategia para el diseño urbano y arquitectónico, sin embargo, si hay una idea que nunca es claramente elaborada a lo largo de su texto es, precisamente, la de *locus*. La noción de *locus* en Rossi elimina de un plumazo la diversidad y la reduce a algo así como el "espíritu de una época" o "alma de un pueblo", nociones que hace medio siglo mostraron su tenebroso rostro y que, justificadamente, han caído en desuso. Al contrario de probar y desarrollar un sentido del orden urbano, el *locus* de Rossi permanece como una entelequia mistificada de evocaciones pintoresquistas más que de significado propio al habitante de un lugar.

En el incierto caso que se pudiese hablar de algún sentido propio de un lugar, éste se constituiría, no como un aspecto indiviso y simple sino como una trama de múltiples características físicas, cul-

turales y sociales. Esta amalgama de sentidos del lugar está en realidad tejida de costumbres y leyendas, de las etnias que lo habitan, de su historia, de los olores y sabores, de sus cocinas y mercados, de sus colores y luces, texturas y materiales, escalas e hitos, de su vegetación y características del suelo y clima. Se trata de un conjunto integrado y variable de orden estético y semiótico. La identidad de un lugar no puede definirse de manera estereotipada por monumentos particulares (la Torre Eiffel o el Palacio de Invierno, la Catedral Metropolitana o el Monumento a la Revolución). Tales monumentos, aunque efectivamente alteran el espacio generando turbulencias distintas de sentido, no son en sí mismos más que hitos, aunque monumentales, de cómo se va fraguando un territorio y una historia.

Lo inadecuado de la noción del *locus* es precisamente que resulta indefinible tanto por quienes lo estudian como por quienes lo habitan, ya que varía en cada versión según el origen social, horizontes de expectativa y demás variantes de los intérpretes. No es casual que ni Lynch ni Rossi se hayan arriesgado más allá de postular su existencia sin llegar a analizarla suficientemente. Un experimento simple bastaría: ¿cuál es el *locus* de la ciudad de México? Pregunta vana que implicaría reducir la diversidad a algún elemento único. Estas simplificaciones no hacen más que empobrecer la heterogeneidad propia de un lugar desde presupuestos reduccionistas.

4. Dos órdenes de semiosis urbana¹

Que el *locus* no pueda definirse —como tampoco es definible el arte—, no significa que los espacios

1. Esta distinción y clasificación de los órdenes semiótico y simbólico la he elaborado más ampliamente en Mandoki (1994) y aplicado en distintos trabajos como Mandoki (1994b y 1997), así que no me detendré en el tema

urbanos o rurales sean ininteligibles. En todo lugar operan procesos de semiosis y se ponen en juego oportunidades para el prendimiento estético. En este aspecto, puede hablarse de dos órdenes de semiosis distintos que en Lynch aparecen indistintos: uno es el orden de lo semiótico que abarcaría elementos de identidad de carácter práctico en un código unívoco y transparente como la denominación de colonias, delegaciones, calles y avenidas, la distinción clara de espacios residenciales o comerciales, industriales o administrativos. El orden de lo semiótico funciona exclusivamente a través de relaciones de oposición y diferenciación como las planteó Saussure (1967) en su definición del signo, produciendo efectos de significación.

Otro muy distinto es el orden de lo simbólico que define sentidos por cargas de materia, tiempo o energía: espacios urbanos donde se han acumulado experiencias de la comunidad en el tiempo, lugares en donde se ha invertido mayor gasto o lujo, sitios con mayor o menor carga afectiva resultado de vivencias individuales (la casa de la infancia, la escuela, el parque) o colectivos (la Plaza de las Tres Culturas, el Zócalo, Ciudad Universitaria, La Villa).

En oposición al significado semiótico, el sentido simbólico de un espacio no puede ser efecto de la planificación. Sobreviene y se carga por hechos que ocurren particularmente ahí.² Sin embargo, éste puede ser resaltado, ignorado o borrado en la planificación y el diseño. El caso típico que ejemplifica esta relación con el sentido simbólico es el de la

planificación de Tenochtitlán basada en la leyenda del águila y el nopal. Este punto de carga mítica constituye el orden y la jerarquía de los espacios a su alrededor: Se construyen el Palacio de Moctezuma o Casas Nuevas, el Templo Mayor y sus altares gemelos a Tláloc y Huitzilopochtli, los templos de Quetzalcóatl y de Tezcatlipoca, el Tzompantli y el Cohuatepahtli o muro de serpientes en relación directa con este punto. La urbanización colonial decretada por Cortés y delegada inicialmente a Alonso García Bravo, borra y enfatiza simultáneamente esta carga simbólica al mantener elementos de la traza original y ubicar el palacio de Cortés, luego Virreinal y de las Audiencias, sobre los cimientos exactos del Palacio de Moctezuma o Casas Nuevas, posteriormente el Palacio Nacional, así como la Catedral casi sobre el Templo Mayor (Valle Arizpe 1936, 1946).³ Se borran los hitos pero se mantienen los espacios en una suerte de representación estética y semiótica del hecho mismo de la Conquista. Al legitimar al espacio y mantener la locación, se afirma un valor transcultural del lugar mismo, a la vez que se sustituyen unas referencias culturales por otras. Este hecho urbano es una puesta en escena sin ambigüedades del sentido verdadero de la Conquista: no se vino a habitar "junto con" sino "encima de".

El actual intento por rescatar el Centro Histórico, que hace mucho ha abandonado su primacía económica, se debe a que su preponderancia política se mantiene intacta desde el Imperio Azteca, la Colonia y el México Independiente. La continuidad

2. He tratado el tema del desarrollo del sentido simbólico en el espacio urbano en otro texto Mandoki (1998), que se encuentra en proceso de publicación.

3. Es bien conocido el hecho de que Cortés se apropió de los predios que pertenecían a Moctezuma tanto del Palacio de Axayácatl o casas viejas,

que le fue solicitado por el emperador Carlos V para ubicar ahí las primeras dos Audiencias, hoy el predio ocupado por el Nacional Monte de Piedad, como las Casas Nuevas de Moctezuma, a donde se mudaron las Audiencias posteriormente en 1562 y donde se estableció el palacio del Virrey hasta convertirse en el Palacio Nacional (Valle-Anzpe 1936, 1946)

simbólica del espacio se fija como un capital simbólico provechoso para las necesidades de hegemonía que requiere el Estado. La carga emocional de un lugar y sus efectos fundadores del arraigo se pretenden capitalizar por contagio semántico hacia el apego a un gobierno.

Lo que Lynch denomina como “sentido de ocasión” (101), que aquí puede considerarse como propio del orden de lo simbólico que integra espacio y tiempo, no es siempre solo festivo (como parecería implicarlo el autor), sino lo contrario, como en el doblemente sombrío caso de Tlaltelolco (1968 y 1985).

Para el ciudadano común, el sentido semiótico de la ciudad se percibe desde una lógica de circulación interna más que desde una cartografía exterior. Los espacios adquieren identidad en relación a prácticas concretas y referencias precisas como las estaciones del metro, las salidas del periférico, las avenidas, las tiendas de abarrotes y escuelas que uno frecuenta. Estos elementos son de carácter predominantemente semiótico precisamente porque funcionan por un mecanismo de oposiciones y diferencias.

El valor simbólico del espacio, por otra parte, puede depender del azar y de la memoria colectiva e individual. Por ello, el *locus* de Rossi se daría en plural e irrumpiría y crecería casi como un organismo; solo se lo puede hacer reverberar, de modo que el diseño funcione como una concha acústica que lo enfatice. Cuanto más antigua es una ciudad, mayor carga simbólica tiene.⁴ La mayoría de los espacios urbanos son neutros simbólicamente, puesto que si todos fueran espacios simbólicos, se perdería el sentido mismo de lo simbólico. Mientras todos los espacios conocidos están, por ello mismo, semiotizados (conocer es semiotizar), no todos están simbolizados. Un espacio se carga sim-

bólicamente desde lo que está ausente en todos los demás, no por oposición, como en la significación semiótica, sino por concentración o implosión de sentido. Por lo contrario, todos los espacios urbanos sin excepción tienen un valor semiótico donde las denominaciones dependen precisamente de la existencia de sus equivalencias y diferencias relativas. Desde la numeración de lotes y casas hasta la nominalización de calles y avenidas, colonias, zonas postales, delegacionales y estatales, todas obedecen a un orden de oposiciones y diferenciaciones claramente especificado. Todo ello por razones prácticas y de control político y económico.

5. Apuntes para una taxonomía de los hitos urbanos

Los hitos funcionan tanto en el orden de lo semiótico como simbólico. Indican que se trata de una iglesia y no de un banco, un comercio para un nivel económico y no para otro, es decir, a través de la función denotativa. Tienen además la función simbólica adicional de la connotación al evocar asociaciones de carácter imaginario ya sea por metonimia o por metáfora. El piso o muros de mármol en una iglesia, banco o museo se plantean como metáforas de intemporalidad; comunican a nivel simbólico la permanencia y solidez de lo que representan. La simetría y horizontalidad del Palacio Nacional son una metáfora de la solidez, equilibrio y estabilidad del régimen. Asimismo, la masividad del Monumento a la Revolución opera a modo de metáfora des-

4. El caso de Jerusalén es típico. A pocos metros de distancia y aún superpuestos, se encuentran espacios de enorme peso simbólico que hasta la fecha, después de dos mil años, aún provocan fricciones entre sus habitantes.

de una relación corporal de la grandeza de la Revolución. La altura del Ángel de la Independencia y su revestimiento en oro, es metáfora casi tautológica de la altura y valor de la Independencia. La altura aquí, como claramente lo han descrito Lakoff y Johnson (1980) en el lenguaje verbal, equivale a todo lo bueno y positivo en el imaginario social. Asimismo, el Zócalo es una metonimia del territorio nacional y de su historia, la parte que representa al todo donde se muestran los problemas del pueblo; cada día, marcado por el ascenso y descenso ritual de la bandera, se presenta como parte de la historia.

Una taxonomía de hitos de significación urbana podría considerar los siguientes:

1) Hitos históricos (el Templo Mayor, el castillo de Chapultepec y más recientes como la masacre del 68 en Tlaltelolco, el ejército en Ciudad Universitaria).

2) Hitos arquitectónicos (la pirámide de Cuicuilco, la torre Latinoamericana, el World Trade Center, la torre de Mexicana y los escasos restos de nuestro tesoro arquitectónico de la Colonia).

3) Hitos religiosos (La Villa, Catedral Metropolitana como los más notables, aunque cada grupo a su vez tiene los suyos en diversas iglesias y templos según su afiliación).

4) Hitos de estratificación social (las colonias Buenos Aires, Doctores o Polanco y Bosques de las Lomas).

5) Hitos geográficos (los volcanes, los canales de Xochimilco y el lago y bosque de Chapultepec, aunque éstos últimos sean en gran medida conservados artificialmente).

6) Hitos jurídico-penales (reclusorios, juzgados, ministerios públicos).

7) Hitos comerciales (mercados de Tepito, San Ángel, Xochimilco, San Juan, franquicias y centros comerciales).

8) Hitos artísticos (el espacio escultórico de Hersúa,⁵ el caballito amarillo de Sebastián, los bigotes de Goeritz, la ruta de la amistad, los murales de los tres grandes, como el del teatro Insurgentes).

9) Hitos oficiales (el Ángel, el Monumento a la Revolución, Los Pinos, El Palacio Nacional).

10) Hitos de la vida nocturna (zonas rojas, bares, discotecas, antros).

11) Hitos del entretenimiento (cines, restaurantes, espacios de recreación como Reino Aventura, el Estadio Azteca).

12) Hitos de traza urbana (periférico, viaductos y avenidas principales).

Los hitos tienen la peculiar característica de indicar no solo el lugar al que se refieren sino especialmente al referidor. Un mismo punto de la ciudad, por ejemplo la intersección de Tlalpan y Taxqueña, puede ser descrito como: a) la estación del metro Taxqueña, b) el Salón de baile del sindicato de Músicos, c) el Gigante de Taxqueña, d) donde empieza Miguel Ángel de Quevedo, e) donde empieza Taxqueña, f) en la espiga de Gortázar, etcétera. En cada caso están indicando cómo se desplaza el enunciante (en metro, a pie, en pesero o en automóvil), cuáles son sus prioridades e intereses respecto a la zona (supermercado, escultura, puente) y en qué dirección suele ir (al oriente o poniente). Lo que para unos era la pirámide de Cuicuilco, para otros es "después del Paraíso Radisson", "adelantito de donde estaba la Conasupo", "pasando Villa Olímpica", "enfrente de Perisur", "antes de la Escuela Nacional de Antropología", "antes de la Sala Olin Yolitztlí" o "después de Plaza Cuicuilco". La manera de definir al hito delata el nivel socio-cultural del enunciante y el grupo cultural al que pertenece.

5. Al respecto, véase Acha (1983, 14-20) y Joaquín Sánchez Macgregor, *Uno Más Uno*, 3 junio 1979. Benjamín Romero Duarte "Entrevista a Matías Goeritz", *Artes* #18 1990.

Son dignas de tomarse en cuenta las maneras en que el ciudadano define un lugar al darle direcciones de cómo llegar a alguien que no conoce el rumbo. Estas indicaciones, además de ser operativas, expresan el modo de percibir y jerarquizar los espacios urbanos. Notamos que en estos casos se va de la escala mayor a la menor. Esta relación de escalas empieza siempre con los hitos. Por ello no carece de interés realizar un estudio de cómo caracterizan su entorno y qué tipo de hitos seleccionan los diversos sectores sociales.

Así como los hitos funcionan en los espacios públicos, en el espacio privado su relevancia no es menor. Quienes viven en unidades habitacionales repetitivas donde los espacios están configurados de manera casi idéntica, que se distinguen por el orden semiótico elemental de los números por edificio y departamento, el orden simbólico es el recurso más importante que se tiene para establecer identidad y arraigo. Éste se ejerce al interior de los espacios por medio de objetos personalizados, cargados de evocaciones y connotaciones para el usuario. Los recuerdos de un viaje, como algún objeto hecho de conchas marinas, un trofeo u objetos de valor sentimental celebran en algún rincón del hogar esa ocasión festiva.⁶ La principal importancia de los hitos, además de significar al lugar y ser indicial de quien los selecciona, es la de convocar. Tenemos el caso de la estación Balderas del metro, o el periférico como temas que Rockdrigo (fallecido en el terremoto del 85, a su vez un hito en el tiempo y el espacio) capturó en sus canciones evocando de resonancias emocionales particulares. La construcción de una plaza, por ejemplo, como instalación de un hito, repercute al instaurar órdenes de sentido subsecuentes que le atribuye la comunidad. Quizás sea por eso que los hitos para las clases bajas, como los tianguis y las ferias, son siempre efí-

meros. Solo les queda la iglesia y, si bien les va, el mercado, mientras se multiplican los hitos para clases acomodadas en macroedificios de arquitectura ostentosa y megacentros comerciales a corta distancia unos de otros.

6. Dimensión estética y su sentido práctico

He planteado hasta aquí posibilidades estratégicas para abordar un análisis semiótico del espacio urbano. Toca ahora aproximarnos a la ciudad desde un enfoque estético. Plantearnos la estética urbana, sin embargo, no tiene por qué reducirse a sus aspectos de belleza o a sus tesoros artísticos, nociones que ha privilegiado la estética tradicional para discurrir sobre productos denominados artísticos y evadir aspectos bastante menos placenteros pero hartamente urgentes. Una estética de la ciudad abarca mucho más que sus objetos laboriosamente contruidos y preservados para el turista, decretados patrimonio y custodiados como piezas de museo. Analizar la ciudad desde la estética involucra, en la perspectiva aquí elaborada, dos conceptos fundamentales: el cuerpo y los imaginarios culturales desde donde se constituyen la percepción y la sensibilidad al ámbito y a la sociedad en que vivimos.

El cuerpo no solo es un ente que transita por la ciudad o un motor biológico para el trabajo, sino que, de sobra está decirlo, es nuestro modo más

6. Asimismo, hitos a escala doméstica suelen ser aquellos lugares donde se dejan mensajes a los otros miembros de la familia: la mesa del comedor (cuando no es de los de adorno, típicos de las clases medias que se ocupan solo 3 veces al año), el teléfono o la puerta del refrigerador. Claro que hay variantes a diversas escalas sociales, desde los que utilizan a la recamarera de planta (especie de mueble que debe permanecer siempre en casa), hasta la pantalla del televisor o de la computadora para programar mensajes en el caso de las familias posmodernas.

primordial de existir y de convivir. Como tal, está parcialmente configurado por la ciudad donde adquiere una dimensión histórica en sus transformaciones adaptativas a los cambios del entorno urbano. La vista se condiciona por el rango de distancias que puede abarcar la mirada en el contexto urbano y el grado y tipo de detalle que debe captar para sobrevivir en ella; la cinestesia corporal depende del modo en que se desplaza por ella y define lugares que exigen mayor tensión corporal que otros; los olores de la ciudad se imprimen en el subconsciente y en la memoria emotiva; el color, la luz, las formas y narraciones que emergen en ella configuran en su conjunto el contorno de sensaciones e imaginarios desde los que se constituyen los sujetos que la habitan.

La estética como medio de fraguar la conciencia civil ha sido tratada por Terry Eagleton (1990) y por Hermann Parret (1993). El primero desarrolla una interesante propuesta de cómo la dimensión estética ha sido requerida por la filosofía desde el siglo XVIII como instrumento para encarnar valores y forjar identidades sociales. Parret propone, por otro lado, partir de la estética para fundamentar la pragmática, que se ocupa de las condiciones para la comunicación y el entendimiento en el seno de la sociedad. En estos términos —bastante más amplios que la tradicional idea de la estética como teoría del arte y lo bello— se desarrollará esta reflexión. Estamos considerando esta doble perspectiva que comprende, por una parte, al imaginario social como organización y proyección que vuelve inteligible la existencia y, por la otra, al cuerpo en tanto matriz de este imaginario y nodo de lo vivencial como medios de instaurar la dimensión estética de la ciudad y sus efectos de concreción de valores sociales.

Contrariamente a la hipótesis sostenida por Vattimo (1986, 1994) y otros teóricos sobre la progre-

siva estetización de la vida urbana, sostengo, con Buck-Morss (1995) que lo que parece estar ocurriendo en la actualidad es la progresiva anestesiación. Los sentidos somáticos se anulan en una sola dirección: la vista. Una sola gama de olores prevalece por la ciudad: los derivados del petróleo. La dimensión háptica se cancela en las autopistas de la información; el *fast food* reduce el sentido de gusto a los límites de lo elemental y la potencia de los amplificadores disminuye paulatinamente la capacidad receptiva del tímpano. La visibilidad misma se somete a órdenes de exclusión, como lo señala Wilson (1995:158): el indigente que se hacía visible a la salida de las iglesias y restaurantes de lujo ha sido finalmente expulsado como los leprosos y condenado a la invisibilidad excepto cuando se lanza, tras un chorro de agua y jabón, sobre nuestro parabrisas.

Estos son problemas de índole estética no porque conciernan al cultivo del buen gusto o a la evaluación de las obras de arte, insisto, sino porque en este proceso de entumecimiento de los sentidos, aunado a la desintegración del sentido individual y colectivo, está en juego la sensibilidad de sus habitantes sin la cual no es posible concebir la conciencia cívica y las identidades sociales. Es en la dimensión estética donde el sentido de comunidad se encarna y cobra inteligibilidad.

Una vez planteados los términos en los que conceptualizamos las dimensiones semióticas y estéticas, procederemos a enfocar la cuestión del arraigo, sus condiciones, consecuencias y recursos prácticos para su restitución.

7. La fabricación del desarraigo

Vivimos en una ciudad cada vez menos inteligible donde se diseñan imaginarios triviales y llamativos

con los que se envuelven a los productos para captar la atención de un consumidor saturado de ofertas. Lo efímero y lo desechable se vuelven las normas para la producción y el consumo con una resultante que no es tan efímera ni obsolescente: la basura. Lo primero que la lógica del desecho ha desechado es, precisamente, la actitud de arraigo ya que es su mayor obstáculo. Una sociedad de consumo requiere estrategias para liquidar el arraigo como condición para su producción de necesidades continuas. Con el desarraigo se produce simultáneamente un vacío sin noción de cómo llenarlo y la indiferencia al medio y al prójimo, con sus derivaciones en la criminalidad y patologías en la personalidad características de las megalópolis contemporáneas (Mitscherlich, 1969) como Los Angeles, Sao Paulo y México. Del arraigo depende nuestro sentido de ubicación y dirección, de identidad, nuestros proyectos de vida y la relación con nuestros semejantes. El individuo sin arraigo es un recipiente neutro al que se le puede verter casi cualquier cosa.

8. Condiciones para el arraigo: permanencia

El arraigo al terruño es un apego a su paisaje, a sus gentes, a sus costumbres. Un factor esencial del arraigo es la permanencia. Se cuenta con que la montaña, la casa, el árbol vetusto, los rituales y narrativas compartidas rebasen la existencia individual y perduren amalgamando en referencias comunes al hombre con sus semejantes y con su entorno. El arraigo se finca en hitos que vinculan a los hombres con generaciones previas y futuras permitiéndoles habitar, desde los imaginarios sociales, en lugares que los acogen y les dan sentido. Tanto para el individuo como para el colectivo; el arraigo los alberga a ambos y a cada uno en su pasado, en sus proyectos y en su singularidad propias y comunes.

En el Valle de México, sin embargo, el paisaje de volcanes y montañas, hito intemporal para el arraigo de todos sus habitantes, se ha vuelto aún más efímero que las mercancías: su aparición depende de las contingencias ambientales. Las costumbres se norteamericanizan progresivamente y la población se segrega en un hacinamiento calculado en proporción inversa a su poder adquisitivo. Como consecuencia, la falta de arraigo se multiplica en la misma medida en que aumenta la suspicacia, la agresividad y la tensión entre los distintos sectores de la población.

9. El barrio, el hogar, el cuerpo y los procesos de hipoestesia

El arraigo no es un mero sentimiento sino una diversidad de prácticas cotidianas, todas vinculadas al gozo. El arreglo de un hogar, la diligencia en la labor profesional, el cuidado de los hijos, cuando son gozosos, son ejercicios de arraigo. Los placeres del comer y del beber, y tantos otros placeres del cuerpo que escucha, que huele, que toca, que se mueve, que ve, que saborea, son prácticas de arraigo en el cuerpo, en la tierra y en el imaginario. El gozo del paisaje es arraigo al territorio. Como el *sensus communis* ante lo bello en Kant, estos placeres, cuando son compartidos, fundan el arraigo en el lugar y en los otros.

El hogar, para Levinas (1991:152-158), no está situado en el mundo objetivo sino que el mundo objetivo está situado en relación con mi hogar, de igual modo que el yo parte de su interioridad para percibir el mundo. Ese hogar, que se puede denominar cuerpo-casa-barrio-ciudad, es para Levinas, un órgano o un medio esencial de la percepción. El hogar, como el cuerpo, constituye modos de ver. El barrio y la ciudad, por lo tanto, instauran modos

de visibilidad y sensibilidad que rebasan a los individuos y a las generaciones. Este proceso, tan poco analizado, lleva a plantearse en qué medida individuos que invierten de 2 a 4 horas de su vida diaria en periféricos y la tercera parte de su vida en una oficina, desarrollarán una concepción de la realidad compartimentalizada y lineal mientras que, quien habita en el campo, donde sus desplazamientos en el espacio son más libres e impredecibles, desarrollarán una visión más vasta, azarosa e integrada. El diseño urbano en este sentido no se diferencia del diseño industrial, pues como lo advirtió Marx respecto a las mercancías, no solo se producen objetos para los sujetos sino sujetos para tales objetos. Proyectar los espacios urbanos es proyectar también a sus habitantes, que se sienten más tranquilos formados en una fila que descansando bajo la sombra de un árbol.

La actual visibilidad entrenada desde los escaparates y repisas de los centros comerciales, los lentes ópticos y cámaras, los monitores de computadora y televisión, se ha vuelto hacia un mundo nunca antes tan incorpóreo y despersonalizado. Vemos más a los objetos que a los sujetos, a las imágenes en pantalla que a las personas. Esta paulatina desestetización de la ciudad y la consecuente pérdida de inteligibilidad vuelven cada vez más irrealizable la cohesión social. La ciudad se vuelve cada vez menos estética no tanto por su creciente fealdad, sino porque cada vez hay menos oportunidad para la experiencia integral de los sentidos. Estos se bloquean por mera supervivencia. Las avenidas y calles han dejado de ser senderos de recorrido y paseo para convertirse en meras vías de tránsito y circulación, es decir, en medios más que fines en sí mismos. No es el cuerpo el que recorre la ciudad percibiendo sus diversos olores, formas, colores, ya que el automovilista debe ver el asfalto

frente a él constantemente y al metal pintado a sus cuatro lados sin la menor distracción. En el peatón ocurre la situación inversa con los mismos resultados: el hacinamiento en el vagón del metro o el microbús lo obligan a mirar hacia arriba o afuera buscando una distancia mínimamente razonable para ubicar su mirada. Si se le da al cuerpo la oportunidad de pasear, esto ocurre casi exclusivamente en espacios cerrados y con la vista a los escaparates, como en el caso de las plazas y centros comerciales. La ciudad se reduce, en su nivel semiótico y estético, a un mero lugar de exhibición de mercancías tanto en la oferta como en el consumo ostentatorio. A una ciudad sin cuerpo inteligible corresponde un ciudadano igualmente incorpóreo con modalidades propias de su estrato económico: unos recurren al cemento para huir del cuerpo y su hambre; otros navegan por Internet o pelean contra monstruos virtuales para huir del hastío. La ciudad, el barrio y el cuerpo como medios de percepción se esfuman gradualmente para ser suplantados por perceptividades fabricadas y la hipotesia disfrazada de excitabilidad momentánea. La ciudad se ha poblado de querubines cibernéticos que agitan sus alas en mundos virtuales. Estos ángeles sin olfato son ángeles sin arraigo, pues están exiliados de su cuerpo, de su hogar y de su barrio.

10. Inteligibilidad del ámbito

Además de la permanencia y la vivencia sensorial, el arraigo requiere la inteligibilidad del ámbito desde imaginarios sociales. En otras palabras, el arraigo incluye percepción o sentido corporal en relación a un territorio (De Certeau, 1988:97-102) y al sentido como inteligibilidad (Lynch, 1985:100-113). Aunque puede ser destruido, el arraigo no puede ser fabricado ni decretado en la memoria afectiva

de los individuos. Vemos que surge de manera espontánea en pueblos pequeños y lo atribuimos simplemente a una cuestión de escala y de transparencia. En un pueblo, como los que antes configuraban al Valle de México —el viejo pueblo de Tacuba, Mixcoac, Piedad o San Pedro de los Pinos— los diversos oficios y modos de vida de sus miembros eran más visibles para la comunidad y para los menores en su proceso de crecimiento y maduración, ofreciéndoles mejores posibilidades de desterritorialización del seno familiar.

Sennett (1975) denuncia un proceso análogo de opacamiento casi simultáneo en ciudades norteamericanas. La semejanza en este caso no es pura coincidencia. Esta tendencia de la vida suburbana en Norteamérica genera, según el autor, una intimidad forzada en la vida familiar y una personalidad medrosa y puritana.⁷ Con la opacidad de la vida urbana contemporánea, el ámbito familiar adquiere un carácter, no precisamente más intensivo, como lo supone Sennett (1975:78-92), ya que dentro de la familia pueden darse enormes grados de incomunicación y aun de indiferencia, sino más centripeto, con menor interés en el mundo exterior. Este debilitamiento del contacto con el mundo circundante, además de empobrecer la personalidad, deja al individuo como rehén de un monitor televisivo o cibernético y, en casos extremos, de la violencia doméstica y el abuso psicológico. Así, el individuo se convierte en presa fácil de la venta de identidades por la producción en masa de imaginarios publicitarios y de la autodevaluación por el abuso sistemático en la dinámica familiar común a muchos hogares como consecuencia de las tensiones sociales. El resultado es la indiferencia política y la inmovilidad personal. La gran industria de telenovelas se vuelve sustituto de la compañía real de los otros: los personajes ficticios realizan sus visitas a horarios

puntuales y confiesan sus “más íntimos secretos” a las cámaras. Cuando la ciudad se ha vuelto más hostil que la naturaleza de la que intentó ser refugio, el fax, el Internet, el ciberporno y el teléfono caliente, son ahora recursos para evadir la ciudad y minimizar el contacto social. Permanecemos exánimes ante las pantallas, como lo denunció Baudrillard (1988), cuyos espacios trucados nos resultan más familiares que los lugares reales adyacentes a nuestros recorridos diarios.

11. Heterogeneidad e integración

Un tercer factor necesario para el arraigo es el sentido de integración. La tendencia actual de urbanización en los suburbios de la ciudad de México, a partir de los años setentas, es la segregación y homogeneización crecientes. No solo se segregan las zonas residenciales de las comerciales, sino que se trata de una segregación por estratificación social rigurosa. La baja calidad de la enseñanza en escuelas oficiales segrega aún más al menor en ámbitos estrictamente clasistas. Esta tendencia se exagera con la instalación de rejas para cerrar el acceso a calles y colonias completas como respuesta civil a la falta de seguridad pública.

La ciudad de México no es una ciudad cosmopolita como lo son Sao Paulo, San Francisco, Boston o Londres, debido a la política de inmigración relativamente restringida que ha mantenido el go-

7. En la ciudad de México existe la variante del servicio doméstico en clases medias y altas que inyectan al interior de la familia una intensa fricción social solapada. El servicio doméstico de planta representa a “los otros” claramente separados de la familia en sus espacios de vivienda y alimentación, y en sus tiempos de trabajo y ocio. Sin embargo, por su carácter subordinado y ajeno, no representan verdaderas opciones de desterritorialización a los menores.

bierno mexicano por varias décadas. Tiene además poco intercambio étnico y cultural debido a tendencias de exclusión mantenidas por varias generaciones en un racismo solapado. Por ello, no hay variaciones de sentido por barrios de grupos étnicos. Lo que la caracteriza es la distribución de espacios desde un principio claramente estratificado. La cartografía de la ciudad opera según la lógica de la estratificación social y no de las funciones, como lo planteó Burgess respecto a la ciudad de Chicago. Los diversos grupos de ascendencia extranjera se reúnen en clubes privados. Prácticamente ya no existen, como en otras ciudades, barrios étnicos con sus festividades, comidas y oferta de productos tradicionales.⁸ Se trata de un proceso de entropía mal entendido: en lugar de que los extremos sociales se fundan en una clase media, a la vez que mantengan el arraigo en la pluralidad de sus identidades y tradiciones culturales, lo que ocurre es que las diferencias de clase se exageran y las identidades culturales se enajenan en la abstracción de la cultura de masas.

Todo indica que el desarrollo de la ciudad de México tiende a albergar grupos cada vez más cerrados. Estamos ya en proceso de generación de grupos sociales estrictamente cibernéticos como las innumerables variantes tipo “*.alt”. A las clases medias y altas se les plantea el imaginario del confort y la identidad abstracta a la cual hay que inventarle deseos, mientras que para las bajas, el deseo es un lujo que emerge en las escasas ocasiones en que las necesidades lo permiten.

8. Una excepción, digna de tomarse en cuenta, es la del año nuevo chino celebrado en la calle de Dolores y López, donde aún existen restaurantes y tiendas de productos chinos. Lamentablemente, se trata de una sola cuadra, está lejos de ser un verdadero barrio

12. Transparencia relativa del medio

Lynch habla de la transparencia como otro componente del sentido de la ciudad. Es paradójico que, precisamente en la época actual cuando el sentido de la vista predomina sobre todos los demás, donde el vidrio ha sustituido al tezontle y la cantera en la construcción, la ciudad se vuelva cada vez más opaca. La expansión urbana ha tenido como resultado la descentralización de los puntos de reunión de la población, como lo fue el tianguis de Tenochtitlán y las calles por oficio en el Centro Histórico durante la Colonia. Los centros comerciales posmodernos separan radicalmente la producción de la circulación de mercancías (donde aquella se ha vuelto totalmente invisible en el proceso industrial especializado) y segregan a los consumidores según su poder adquisitivo. Las clases privilegiadas hace varias décadas que no se pasean los domingos por la Alameda, comprando globos o algodón de azúcar. Están recluidas tras sus muros de varios metros de alto en sus residencias, tras los vidrios ahumados de sus vehículos, y tras las vastísimas extensiones de sus clubes privados de golf y equitación.

Las clases medias frecuentan lugares exclusivos para clases medias, como los centros comerciales atendidos por elementos más jóvenes de las mismas clases y accesibles casi solo por vehículos privados. Las clases bajas solo aparecen en programas amarillistas de la televisión mostrando su miseria como oportunidad para las buenas conciencias de las clases medias y altas que todavía ven algo de la televisión nacional. Los cines, las iglesias y las escuelas, que en el pasado eran puntos de contacto entre diversas clases, fijan precios por el derecho a la segregación según el número de dígitos que se puedan aportar. La opacidad necesaria para man-

tener la intimidad del hogar se extiende hoy a la opacidad de calles y barrios cercados por rejas hasta la opacidad de la estratificación social que se hace visible solo a través de la industria del sentimentalismo televisado.

13. Los imaginarios maléficos

No fue por ser el punto número 13 de este texto, que decidí tratar aquí a los imaginarios maléficos, sino porque constituyen una verdadera malla que configura la vivencia de habitar en la ciudad de México. Tales imaginarios se presentan simultáneamente como fenómenos estéticos —al manifestar un modo de experiencia y percepción sensible de la realidad— y como fenómenos semióticos, al teñir y articular esta realidad de un sentido concreto.

En su trabajo sobre los imaginarios urbanos de Sao Paulo y Bogotá, Armando Silva (1992) plantea como preocupación principal de sus habitantes la falta de seguridad pública. En México seguramente la respuesta es semejante. Sin embargo, Silva se quedó corto en su análisis de tales imaginarios urbanos. Padecemos una hueste de imágenes muy concretas y muy bien delineadas que no podrían denominarse de otro modo que Imaginarios Maléficos. A la inquietud en común con los bogoteños y paulistas, los chilangos tenemos presente la existencia de zonas urbanas particularmente peligrosas (la Buenos Aires, la Doctores, antes la Guerrero). Asimismo, a la figura del delincuente que ya mata por inercia, habría que agregar lo que se destaca por su reiteración en los medios masivos y pláticas cotidianas: la fantasmagoría chilanga del Microbus Asesino, verdaderos imaginarios de violencia urbana que espesan la tensión entre clases sociales. Este engendro tiene la característica de circular en zig-zag, señalizar a la derecha solo cuando intenta doblar

hacia la izquierda y viceversa, detenerse constantemente sin luces de freno en cualquier carril salvo el adyacente a la banqueta derecha (en estos casos de preferencia en diagonal), llevar aditamentos dentados y afilados en los discos de las llantas y, macabramente, circular sin luces cuando la ciudad está a oscuras pero prenderlas a plena luz del día cuando circula detrás de otro automóvil. Se ajustan al reglamento de tránsito con el mismo rigor que “La Tigresa” al Manual de Carreño.

Para las clases bajas que carecen de vehículos privados (muchos de ellos originarios del campo), los imaginarios maléficos los constituyen toda clase de vehículos motorizados, seres monstruosos por carecer de rostro, intimidar con una mole de metal al propio cuerpo y moverse a velocidades antinaturales. Recorrer la ciudad es tener que vérselas contra estas máquinas que amenazan literalmente a cada esquina. Aun cuando se utilicen para el transporte, uno no sabe bien a bien si logrará salir en el lugar esperado, si sobrevivirá a las carreras de microbuses, y si no terminará uno arrollado al tener que bajar en tercera fila.⁹ Salir de casa en esta ciudad es salir a la refriega donde el tono predominante es la beligerancia. La dirección encargada del asunto parece tener mayor interés en evitar trifulcas entre bandas de microbuseros, con su flamante emisión de placas y delimitación de zonas, que en llevar a cabo proyectos que protejan la seguridad de los usuarios y no incrementen la contaminación

9. He escuchado por la radio (Radio Red) en un par de ocasiones que los choferes de microbus tienen la consigna de rematar a los atropellados pues le resulta más barato a la empresa pagar costos de indemnización de los muertos que de los heridos. Así una adolescente atropellada en el periférico a la altura de Tlahuac fue rematada por el microbus que se echó en reversa para volver a arrollar a la víctima ante la mirada atónita de los testigos presenciales en septiembre de 1997.

por el bloqueo diario y constante de puntos cruciales para la circulación, con paradas frente a los semáforos deteniendo una fila entera de automóviles hasta el siguiente cambio. Su reciente "Programa Parabus" que consiste en sembrar a diestra y siniestra paraderos de transporte público, además de ser totalmente ignorado por los prestadores de ese servicio, demuestra una rigurosa lógica de bloqueo a los accesos de circulación continua como entradas y salidas de vías rápidas y esquinas de semáforos, así como el interés de disminuir la explosión demográfica empezando con la aniquilación de peatones, pues éstos se ven forzados a cruzar arterias de flujo continuo y veloz con riesgo de sus vidas. El peatón de la ciudad de México carece de los derechos más elementales, pues jamás tendrá la preferencia excepto la de detener un vehículo público en absolutamente cualquier lugar.

Este problema del microbús asesino, derivado de la total anomia en su circulación y carencia de paraderos reglamentados para el transporte colectivo, puede agregarse a otros que también atañen a las vías públicas: las "manifestaciones estranguladoras", "las filas sempiternas", "los periféricos estacionarios" y los "ambulantes invasores" que constituyen, en conjunto, parte del imaginario urbano de la zona metropolitana en sus aspectos maléficos para cada clase socio-económica. Se trata en estos casos de invasiones y apropiaciones del espacio y del tiempo públicos y personales que, contrariamente a la proliferación de las mercancías, se vuelven cada vez más escasos. Son igualmente temidas y maléficas las filas infinitas en las que se alinea el obrero para subirse antes del amanecer a los vagones del metro, o el empleado a esas mismas horas con su vehículo en un periférico paralizado. Cada día de la semana. La rígida uniformidad de horarios de entradas laborales y escolares, no

siempre justificada, contribuyen a multiplicar los efectos del hacinamiento a escalas exponenciales con costos en la salud social muy pobremente evaluados. En la medida que empeora la calidad de vida, no necesariamente equivalente a la capacidad pecuniaria, en esa misma medida se disminuye humanamente al sujeto y con él, a su competencia civil.

Otro imaginario maléfico son los Cruces Fatales. Aunque los proyectos urbanos parecen ser sometidos a concurso, quienes toman esas decisiones y a quienes les toca hacer estudios para esclarecer las demandas, definir objeciones o correcciones a las propuestas, calcular sus consecuencias y tomar responsabilidades, no son sometidos a concurso profesional. Por ello abundan restos de la planeación negligente, de la corrupción en desviar gastos para cobrarlos obtusamente, de la asignación de tareas de prioridad urbana a recomendados por favores en deuda o a proyectos mal planeados pero ostentadamente más baratos a corto plazo. Este tipo de "planeadores" son incapaces profesionales en ambos sentidos: los que como profesionales son incapaces y los que hacen de su incapacidad una verdadera profesión. Proyectos costosísimos cuya responsabilidad es incógnita. Nadie asume en obras urbanas la solvencia y planeación adecuada, ocultándose tras los laberintos de la burocracia y la sociedad anónima. No hay modo de demandar o de exigir que se cumplan las normas mínimas del sentido común para la seguridad de los usuarios que transitan por tales vías. Así, esta pseudo-planificación se parcha en lapsos continuos con soluciones *ad hoc* que pocas veces toman en cuenta la elemental consideración del tránsito real y concreto de vehículos y peatones, volviéndose francamente peligrosos a la circulación y al trayecto cotidiano de los transeúntes. Hay numerosos puentes y retornos en vías rápidas que merecen un juicio legal contra

los planificadores quienes, escudados tras el anonimato de la gestión gubernamental, disponen de cientos de millones de los fondos públicos sin tener que responder por la incuria en la planificación y sus consecuencias en la gravedad de accidentes provocados por ellos que cobran vidas a periodos regulares.¹⁰ La planeación de vías debiese incluir un registro cabal del funcionamiento de estos proyectos, abrir canales a la opinión ciudadana sobre los mismos, y denominar a los responsables no solo de la planeación sino principalmente de su funcionamiento. Los grandes puentes están ahí: el problema son los accesos, asunto trivial, pues de lo que se trataba era de construirlos, no de que funcionaran adecuadamente.

Otros imaginarios maléficos, como el de los Judiciales Serpentineros que circulaban en carros sin placas y vidrios polarizados antes, durante y después del régimen de Durazo, aparentemente han sido controlados para el fortalecimiento de los ya tradicionales Policías-Maleantes, excelsa *Coincidencia Oppositorum* y perfecta síntesis de los otrora opuestos, que catean sin órdenes, asaltan con licencia y disparan en las calles balas que no son de salva. Pero no todos los policías son malos, como nos lo advierte un personaje de telenovela. Los verdaderos planificadores urbanos parecen ser actualmente los policías, que se dedican a bloquear con

sus patrullas carriles, entradas y salidas a vías rápidas para parchar las malas soluciones del diseño que siguen la lógica de concentrar la circulación para ahorrar costos en lugar de dispersarla hacia varios puntos de confluencia. Cualquiera hubiera pensado que el uso de una patrulla tenía que ser otro al de servir como barda, considerando los grados de delincuencia como están. Mientras tanto, automóviles estacionados en lugares prohibidos bloquean un carril completo de circulación sin ser jamás remolcados, algunos incluso estacionados ahí de planta *ad eternum* como propiedad privada. La policía, sin embargo, cumple alegremente su labor de agitar las manos en vías de circulación continua para que a los conductores jamás se les llegue a olvidar que están en una vía de circulación continua aunque no parezca, en dado caso que a alguno se le ocurra acampar en la mera entrada al viaducto. Si lográramos sincronizar esas manitas por toda la ciudad, probablemente haríamos realidad el sueño de Heberto Castillo, el gran ventilador que acabara con la contaminación, en este caso con el modestísimo costo del salario mínimo de cada cual.

Lo más maléfico de estos imaginarios es que lejos de ser ficticios, encarnan la tensión social y el antagonismo de clases. En este sentido, gozan de plena materialidad y un certificado de realidad. Se trata de especie de monstruos con los que efectiva-

10. Por dar algunos ejemplos en el sur de la ciudad (casos que han de repetirse en toda la zona metropolitana) me refiero primero al cruce del puente de División del Norte sobre Viaducto Tlalpan donde los automóviles tienen prácticamente que trenzarse en un espacio muy reducido para continuar por una de las tres alternativas que se abren en dirección al sur. Otro caso: los retornos de la extensión del periférico desde Canal Nacional, donde el automovilista tiene que ingresar por el carril más rápido del periférico a una circulación continua. El tercero, los recientemente inaugurados puentes de la glorieta de "Vaqueritos". En dirección al poniente, los carros que pretenden ir en dirección al sur desde la ex-

tensión de Canal de Miramontes que es paralela a Acoxta, se ven obligados casi a ir en sentido contrario y atravesar el flujo constante de los que están ingresando desde División del Norte y de Canal de Miramontes. Igual, para ingresar a Prolongación División del Norte en dirección a Acoxta saliendo del periférico en dirección oriente, debe maniobrar sin visibilidad ni señalización excepto en los breves segundos en los que aparece la señal, demasiado tarde para cambiar de carril. En otros puntos de la Calzada Zaragoza y en Churubusco existe el mismo problema "error de ingeniería" dicen los reporteros viales, aunque más bien se trata de falta de elemental sentido común.

mente tenemos que lidiar en la vida diaria, y que toman formas determinadas en función al estrato social. Los planteo como imaginarios porque se constituyen en una experiencia similar al nivel onírico de la pesadilla y las historias de horror. Los imaginarios maléficos tienen la característica común a los monstruos de las películas de que permanece la sensación de su presencia amenazante más allá de su aparición concreta: cuando uno cree haber librado el peligro de un cruce fatal, una fila infinita en el metro o el periférico o un microbus asesino, está uno ya en presencia de otro, como en "Las pesadillas de Freddy" y su inagotable tenacidad. Generan una malla a nivel de sensación que opera como un fondo musical tétrico y detentan una verdadera industria de adrenalina. Se trata de la invasión de lo irracional, bienvenido en otros ámbitos, en terrenos que demandan un ejercicio pleno de la razón, como es en la planificación urbana y la reglamentación del tránsito. Los imaginarios son nutrientes del arraigo, ya lo hemos dicho, en sus leyendas, rituales y experiencias sociales. Lo mismo acogen al individuo e instauran la sensación de pertenencia que lo expulsan, cuando son maléficos, generando el reflejo reiterado de evasión como una segunda piel. La ubicuidad de los imaginarios maléficos propagan el sentimiento de hostilidad y el alejamiento del ciudadano de gestos de atención y deferencia, ahogando la extensión natural de la responsabilidad hacia el otro. El conductor de automóviles percibe a los otros

como su enemigo natural, en vez de compañeros de ruta.

14. La privatización de los espacios públicos

La gestión estatal parece no estar interesada en ocuparse, como le corresponde, de una manera integral de los problemas urbanos y en considerar simultánea e interdisciplinariamente aspectos de infraestructura, estructura y cultura. Por lo contrario, la supuesta planificación urbana continúa tolerando y fomentando macro-proyectos en abstracto,¹¹ como el reciente Megaproyecto que acabará por clausurar, de una vez por todas, el acervo arqueológico mínimamente explorado alrededor de la más antigua pirámide en Mesoamérica, la de Cuicuilco. Este tesoro cultural y patrimonio de la humanidad será utilizado, ante la mirada impotente del ciudadano, para fincar los cimientos de un centro comercial de acuerdo a los intereses de unos cuantos favorecidos por el régimen de Carlos Salinas de Gortari. Mientras para Cortés y Carlos V, la destrucción del patrimonio urbano indígena era de alta prioridad política e ideológica, medio milenio después los favorecidos de Salinas actúan por el exclusivo interés de la ganancia pecuniaria personal. La coartada utilizada en este caso es la de que el Megaproyecto, supuestamente, resolverá el cruce de Periférico e Insurgentes. Así es, la empresa privada se adjudica aquí el derecho exclusivo de planificar la ciudad de acuerdo a sus intereses.¹² planificación urba-

11. Como la ortogonalización al estilo del barón de Hausmann por el entonces regente Carlos Hank González hace casi 20 años en los ejes viales que aseguran mayor control para el desplazamiento de unidades militares. De pasada, también aminoran a corto plazo algunos problemas de tráfico gracias a la tala palmeras y árboles a granel y generando otros, como la desarticulación de la vida de barrios.

12. Curiosa solución ésa, y altísima en sus costos, cuando el asunto podría resolverse con un simple parador en media luna a dos cuadras del

cruce, en los cuatro lados, para que el transporte público no ocupe los únicos dos carriles de las laterales de ambas vías, y separando, en vez de encimar, la salida y entrada a Insurgentes en dirección norte desde el periférico. Con sentido común, que nunca sobra, utilizando la salida de Zacatpetl para entrar a Insurgentes dirección sur y con un puente de circulación continua, en vez del actual semáforo frente a Peña Pobre, en dirección norte es como se remedia el amontonamiento.

na funciona como coartada para subsecuentes inversiones y adjudicaciones a la empresa privada.

Con su política de supuestas manos fuera (que realmente se traduce en manos negras), el Estado ha dejado toda la producción de espacios públicos a los intereses de las grandes corporaciones de inversionistas en bienes raíces cuyos criterios han sido en exclusiva el mayor rendimiento económico del suelo. Se ha privatizado el espacio público y lo que vemos ahora son los grandes almacenes estrictamente estamentados.¹³ Se configura un simulacro de realidad como si ésta estuviera constituida exclusivamente por las marcas, cadenas y franquicias de los grandes monopolios. En ese mundo, no hay plomeros, ni correos, tortillerías o carpinterías. Esta segregación de clase es también, crecientemente, una segregación generacional, pues cada uno de los diversos centros comerciales se calcula para atraer separadamente a un público en particular de cierta clase y cierta generación.¹⁴ En tales plazas comerciales, más que acudir al encuentro de los otros, se deambula al encuentro de mercancías.

Baudrillard (1988) señalaba que las fronteras entre el espacio público y el privado desaparecen paulatinamente con la obscenidad de la puesta en público de lo privado a través de los medios por un lado y, por el otro, la invasión de lo público en la esfera privada como el uso del teléfono familiar para fines publicitarios de innumerables compañías.

13. Las plazas comerciales representan al mundo como una colección de escaparates de bienes suntuarios. Ya Benjamin (1969) nos habló de esto hace más de medio siglo en las famosas arcades de París. Ver también Buck-Morss (1995).

14. Algunas plazas comerciales como Plaza Loreto y Altavista, atraen a la generación entre los 16 y 30 años (ofreciendo cines, venta de discos compactos y juegos electrónicos). Otras, como Perisur, Plaza Galerías, Plaza Coyoacán y Satélite, buscan atraer a un público de adultos con

Hoy se cotiza cada lágrima derramada en *close-up* para el *rating* de una cadena televisiva que nos da permiso para soñar,¹⁵ y paga la puesta en público de las historias privadas de familias mexicanas con boletos de avión y viáticos según la tradición iniciada por el género televisivo norteamericano denominado *talk show*. La mercancía en venta es, como en el caso del *esnaf* (videos de asesinatos reales), que lo que la cámara registra es la realidad misma. Algo efectivamente está sucediendo con las barreras de lo privado y lo público como lo señalaba Baudrillard, pero no precisamente su desaparición sino su inversión: la privacidad de la emoción, de la creencia religiosa, de la vida familiar y sexual se han vuelto públicas, mientras que los espacios de vialidad urbana en su uso y en sus prioridades se han privatizado. Esta progresiva privatización que ha ido desde la vivienda de la familia nuclear (contrapuesta a la extendida), a la calle cerrada con cadena, pasando por la colonia bardeada hasta la plaza estratificada y cerrada¹⁶ apunta a que pronto requeriremos credencial de membresía para entrar a las delegaciones y visa para los estados de la república.

15. La plaza pública y sus derivaciones socio-económicas

Más que la abstracción de las ideologías y las utopías que se nos han caído pedazo a pedazo, lo que

mayor poder adquisitivo (con productos para el hogar y mercancías para los niños).

15. Me refiero obviamente al programa "Se vale soñar" de Verónica Velasco producido por el grupo Argos para Televisión Azteca e imitado por Talina Fernández en Televisa.

16. Desde luego hay tendencias en que lo privado se vuelve público, como la irrupción de llamadas telefónicas al espacio privado con fines publicitarios.

puede llevar a un sentido urbano colectivo está en lo que, casi por accidente, aún se conserva en espacios que mantienen la integración, heterogeneidad, permanencia e inteligibilidad necesarias para fomentar un sentido de arraigo. Tales espacios se constituyeron con un sentido estético, semiótico y político más que comercial, como espacios de presentación de la *polis*. Me refiero a las tradicionales plazas públicas, hoy en proceso de extinción, lugares donde se encarnaba el cuerpo social, el punto de referencia a nivel de escala y centro de convergencia de la comunidad.

Arnheim (1984) ha explorado la función del centro como punto de anclaje y encuentra cómo en la naturaleza se aglutinan espontáneamente las partes alrededor de un centro (el sistema planetario, un árbol, un cristal, el cuerpo humano). La importancia del centro incide no solo en el sentido de equilibrio y reunión de fuerzas sino como nodo dinámico y núcleo de interacción con mayor intensidad. Además de su provecho para la actividad económica de sectores totalmente desdeñados por la política de Estado, la plaza pública tiene una gran relevancia social y estética en su sentido práctico.

En la ciudad de México existe aún parte de una estructura clara que mantiene este sentido de lugar y de escala. Está el Zócalo, centro de integración simbólica no solo de la ciudad en su totalidad en el espacio y el tiempo, sino de la ciudad como capital a nivel nacional. Algunas delegaciones amparan aún, heredado desde tiempos prehispánicos y reproducido en la época de la Colonia, su sentido

de plaza pública con su mercado y un espacio para encuentros populares.¹⁷ Sin embargo, con la tendencia a la privatización de los espacios públicos, se ha amputado el siguiente eslabón en la cadena de escalas rompiendo con el sentido de lugar y la coherencia urbana. Prácticamente en este punto se interrumpe la escala. Siguen las colonias y conjuntos habitacionales que ya no mantienen la configuración centrípeta en una plazuela a escala proporcional con el territorio al que corresponden. El siguiente eslabón pertenece ya al orden privado. El equivalente a la plaza en el orden familiar quedaría ubicado en la mesa de la cocina o el comedor¹⁸ para finalmente residir, a nivel de pareja, en la cama matrimonial. Cada una de estas instancias tiene un valor simbólico de integración de identidad y sentido. Resulta particularmente significativo que el eslabón ausente en esta serie sea, justamente, el que vincula a la familia nuclear con sus vecinos, es decir, a la esfera familiar con la civil. Esta ruptura es grave porque implica que el individuo no reconoce obligaciones más allá de la esfera doméstica ni puede asumir las responsabilidades civiles y comunitarias que corresponden a la madurez cívica.

16. Incidencia del desarraigo en el problema del ambulante

Al perderse la plaza pública tradicional con su mercado y su oferta de oficios, se generan legiones de ambulantes que el Estado pretende cubrir, lastimosamente, con permisos temporales, tianguis en las calles o simplemente por la confiscación y la fuerza. La supuesta solución del tianguis sobre ruedas, además de obstaculizar la circulación vial con el consecuente incremento de contaminación, somete diariamente a los vendedores, compradores y

17. El Zócalo de Tlalpan, de Coyoacán, de Xochimilco

18. Este centro, quepa mencionarlo de paso, se señala con la iteración de centros sobre centros, como la redundancia del florero o centro de mesa sobre el centro de una carpeta que Baudrillard (1982:21) tuvo la astucia de hacernos notar

mercancías a descargas continuas de gases automotivos. Por la falta de estabilidad comunitaria y un sentido de arraigo, de referencias precisas y orientación en las demandas de servicios, miles se ven obligados a permanecer en el desempleo o a mal sobrevivir del subempleo. Es claro que ni el Estado, inflando aún más los puestos públicos, ni la iniciativa privada a gran escala, con sus intereses muy particulares, pueden resolver el problema del desempleo y el ambulante. Mucho menos se resuelve por la fuerza. Son los mismos desempleados quienes tienen mayor interés en mejorar su situación si hubiera medios para traspasar la opacidad de la economía y la rígida estratificación social. Al no saber qué servicios ofrecer, no ven otra opción que el ambulante en semáforos y esquinas con productos de muy escasa demanda. Mientras las grandes compañías invierten millones en encuestas de mercado para vender mejor productos suntuarios y averiguar si un empaque azul en vez de rosa incrementa ventas, no hay quien oriente al desempleado a mejorar su futuro inmediato y mediano. Se le proponen productos para el consumo, nunca medios para subsistir y obtenerlos. Esta desorientación, sostengo, es en parte efecto del desarraigo y de la falta de espacios integradores.

17. El orden fractal y la reutilización del suelo

En la misma medida que las relaciones y prácticas sociales transforman los espacios urbanos, los espacios también configuran y transforman las prácticas sociales. A diferencia de la propuesta de Sennett (1975:181-205) quien plantea al desorden y la anarquía como preferibles al exceso de orden urbano, cabe insistir que existe otra alternativa, puesto que el desorden y la anarquía ya son casos probados en el área metropolitana. Esta

alternativa es la de un orden flexible a escalas múltiples, es decir, un orden no mecánico sino fractal con una dinámica capaz de abarcar al azar de la autogestión y un equilibrio a nivel integral. Se trataría de hacer emerger un orden desde el caos al ponderar y definir las múltiples escalas en los asentamientos urbanos. Es desde esta fractalidad desde donde se podrían sembrar las plazas, plazuelas y plazoletas públicas como medio de integrar centros de sentido comunitario aunque casi no quede ni un centímetro cuadrado libre. Es cuestión de reutilización de espacios previamente otorgados al mejor postor en plena anarquía urbana. El Estado mantiene de todos modos la prerrogativa de reglamentación de los usos del suelo a corto y a largo plazo.

Como espacio de cohesión, más que de representación del poder político y religioso, la plaza pública puede estar constituida por un mercado, locales para negocios pequeños como tortillerías y tlalpaleras, talleres de oficios como carpinterías etcétera, una biblioteca, un teatro, bancas, fondas y cafés al aire libre y pequeños locales fijos de ocupantes variables reglamentados para ambulantes. Los vecinos podrían acudir cotidianamente a la plaza para ofrecer y solicitar servicios, así como para pasar su tiempo libre con juegos de mesa y otras alternativas no mediatizadas por las industrias del entretenimiento. Estas plazas diseñadas con un sentido apropiado de escala y de lugar, y diseminadas desde un orden fractal desde la subdelegación, la colonia, el barrio y la media luna del paradero de transporte público, pueden acoger a los habitantes, generar empleos, integrar a los ambulantes, orientar mejor sobre ofertas de servicio y favorecer un ambiente de interacción que ofrezca una opción que ya han perdido los viejos y los niños a quienes se man-

tiene encerrados frente al aparato de televisión. El modo de organizarlos tendría que partir de estudios comparativos y encuestas en cada barrio sobre el tipo de servicios y oficios que escasean por el rumbo y orientar la oferta como un medio de reiniciar la transparencia económica y la ocupación de ambulantes.

El Estado tendría que gestionar el diseño y concesión de pequeños puestos de un diseño prefabricado alegre y práctico, en lugar de los actuales puestos de taqueros, torteros y fayúqueros en la esquinas, que proporcionen mayor coherencia urbana, mejor uso del suelo público y mayor diversidad en la oferta. Sobran zonas urbanas cuyo uso del suelo no amerita el terreno que ocupan, como las inmensas planchas de asfalto de los estacionamientos en almacenes comerciales que permanecen vacíos toda la semana con excepción de los sábados y los domingos. Asimismo están lotes en la vía pública, inútiles y llenos de basura, o el nuevo mercado de flores en Xochimilco totalmente aislado para perjuicio de sus comerciantes. Con un estudio detallado por zona, se podrían constituir espacios para la oferta y demanda de servicios y bienes que adelgacen las gruesas filas de los millones de desempleados y subempleados. El estudio de mercado y la concesión de esos puestos con un diseño agradable¹⁹ para acoger al usuario, aportarían una coherencia visual a esos espacios, dignificarían el empleo rotativo de los ambulan-

tes, regularían el uso del suelo y generarían recursos a las instancias administrativas correspondientes.

No solo la economía, el cambio tecnológico, el neoliberalismo y la globalización son los causantes del peor de los males contemporáneos. El diseño y la planeación urbana tienen incumbencia en el asunto y deben asumir su parte en buscar soluciones que le competen. Con una política de rechazo de los espacios urbanos subutilizados como los grandes estacionamientos, los centros comerciales, podrían verse beneficiados cediendo una parte de su terreno para el establecimiento de paraderos²⁰ y locales rotativos en días y horarios que sean provechosos para cada uno. En lugar de ubicar a los tanguis sobre las vías públicas bloqueando el tránsito varias veces a la semana y aumentando los niveles de contaminación, estos locales de ocupación rotativa pueden cumplir esa función, además de maximizar su uso por el resto de la semana.

El caso de Coapa, construido en los años setentas, es típico: varios conjuntos habitacionales segregados en 3 estratos socioeconómicos (bajo en Huipulco, medio bajo en Villa Coapa, media media en Prado Coapa). Su centro lógico, el mercado, se encuentra en un no lugar, prácticamente escondido, situado sobre una avenida casi intransitable para los peatones y carente de un espacio de reunión comunitaria, ya que el área está ocupada por un estacionamiento para empleados del gobierno ge-

19. Me viene a la memoria un diseño parecido en su concepto, aunque bastante mejor resuelto, al de los puestos del nuevo mercado de flores de Xochimilco en Cuernavaca. Se podría someter a concurso nacional un diseño modular para atender la demanda de pequeños puestos con medidas adecuadas y basadas en la investigación de campo con los usuarios en potencia, sobre requerimientos de espacio. Podría pensarse en un diseño característico por zona, alusivo de ésta de algún modo, con-

feccionado para usos variables y de fácil instalación en espacios concesionados.

20. Es absurdo ver constantemente uno o dos carriles bloqueados por paradas de microbuses exactamente flanqueando los estacionamientos vacíos de los centros comerciales, cuando a nadie perjudicaría y mucho beneficiaría el corte de media luna al interior de los mismos para definir paradas fuera de las vías de circulación.

neralmente vacío a todas horas.²¹ Un buen diseño hubiese considerado al mercado como un hito que concentre servicios tales como correos y diversos oficios, creando un ambiente atractivo no solo para acudir a él, sino para permanecer en él. El sitio apropiado, por razones simbólicas, pudo haber sido en los remanentes arquitectónicos de la ex-hacienda de Coapa con su viejo casco y su iglesia, aprovechando algunas referencias históricas que permitiesen comprender *in situ* un aspecto particular de la historia del lugar. Por lo contrario, ese punto parece una ruina abandonada que ha resistido a la demolición por razones del todo inexplicables.

Tenemos este cruce (el de Acoxpa y Miramontes) conformado prácticamente por cuatro estacionamientos, uno en cada esquina. Un estudio del uso real en tiempos de tales estacionamientos, derivaría en el establecimiento de locales que podrían funcionar medio día como tianguis, y otro medio como puestos de comida, unos días a la semana para productos perecederos, otros para oficios, para venta de prendas, herramientas, artesanías, antigüedades, plantas, así como puestos y pizarrones de oferta y demanda de servicios como el doméstico, costureras, albañiles, acompañantes de ancianos, enfermeras, jardineros, pulidores de pisos, reparadores de aparatos domésticos, pintores, choferes, etcétera. Ahí mismo se podrían establecer talleres de alfabetización, habilitación y recreación así como cursos especializados para discapacitados quienes, dadas las dimensiones de la ciudad, difícilmente pueden desplazarse las distancias requeridas. El rehuso y rotación regulada de estos espacios urbanos fomentaría la recuperación de la transparencia, la apertura de fuentes de trabajo con mayor demanda que los chicles y de mayor relevancia social. El reconocimiento de individuos asiduos a un lugar, aunque no de manera permanente, pueden

generar una clientela al contar con una regularidad, un derecho de ocupación y de identidad comercial.

18. Recapitulación y conclusiones

La responsabilidad civil no es un bloque fijo donde a mayor número de ciudadanos, menor la carga que le corresponde a cada cual. Por lo contrario, la responsabilidad se incrementa exponencialmente con el aumento de ciudadanos. Tal responsabilidad no puede ser impuesta por la fuerza ni fabricada en serie: depende de algo tan elemental como el arraigo. Sin embargo, atentan contra el arraigo la progresiva expansión del orden privado hacia la calle, la colonia hasta la plaza comercial, segregando cada vez más a los sectores sociales. A esto habrá que añadir el incremento de agresividad generada por el hacinamiento, además de la violencia propiciada por las condiciones de vida, así como su difusión en los medios en tanto mercancía de consumo masivo. Lo que poco o mucho puede hacerse es no obstruir la generación del arraigo que se da espontánea y generosamente. Ha habido un quiebre de escalas precisamente en el punto de transición entre la esfera de lo público y lo privado y una dislocación de su relación mutua. Al perderse la plaza pública tradicional con su mercado y su oferta de oficios, se generan legiones de ambulantes en una situación desesperada y al filo o en las filas de la delincuencia. La reinstalación de plazas a diversas escalas proporcionales, como nodos de integración y asequibilidad comunitaria, puede atenuar signifi-

21. Los grandes espacios en ese cruce corresponden a otros cuatro estacionamientos de Gigante, de Aurrerá, Bodega Aurrerá y Tesorería. Por otra parte, las ofertas de servicios brotan donde pueden en calles y rincones aledaños.

cativamente la falta de estabilidad comunitaria y del sentido de arraigo. Frente a la avanzada de las autopistas cibernéticas que conducen a la anestesiación social, a la sensación sin experiencia y al au-

tismo programado, la recuperación y reutilización de la plazuela a diversas escalas puede ser el último retén para la empatía y la responsabilidad al otro, en lo que a la planificación urbana concierne.

Bibliografía

- ACHA, Juan (1983). *Hersúa*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARNHEIM, Rudolf (1984). *El poder del centro*. Madrid. Alianza.
- BAUDRILLARD, Jean (1982). *Crítica de la economía política del siglo*. México. Siglo XXI.
- (1988). "El éxtasis de la comunicación". En Hal Foster (ed.) *La Posmodernidad*. México. Kairós.
- BENJAMIN, Walter (1969). *Illuminations*. New York. Schocken.
- BUCK-MORSS, Susan (1992). "Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered". *October* 62. Fall, pp. 3-41.
- (1995). "The City as Dreamworld and Catastrophe". *October* 73, summer. pp. 3-26.
- CERTEAU, Michel de (1988). *The Practice of Everyday Life*. Berkeley. University of California.
- EAGLETON, Terry (1990). *The Ideology of the Aesthetic*. Oxford. Blackwell.
- ECO, Umberto (1968). *La struttura assente*. Milán. Bompiani.
- (1976). *A Theory of Semiotics*. Milán. Bompiani.
- HABERMAS, Jürgen (1984). *The Theory of Communicative Action: Reason and the Rationalization of Society*. Boston: Beacon.
- JAKOBSON, Roman (1963). *Essais de Linguistique Générale*. Paris: Minuit.
- LAKOFF, George and Mark Johnson (1980). *Metaphors We Live By*. Chicago. The University of Chicago Press.
- LEVINAS, Emmanuel. (1991). *Totality and Infinity*. Alphonso Lingis (trad.) Dordrecht/Boston/London. Kluwer.
- LYNCH, Kevin (1985). *La buena forma de la ciudad*. Barcelona. Gustavo Gili.
- MANDOKI, Katya (1994). *Prosaica; introducción a la estética de lo cotidiano*. México. Grijalbo.
- (1994b). "Sintagma y paradigma estético". En Adrián Giménez-Welsh (comp.). *Escritos; Semiótica de la Cultura*. Oaxaca. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, pp. 421-431.
- (1997). "Between Signs and Symbols; an economic distinction?" Rauch Irmengard and Carr F. Gerald (eds.) en *Semiotics Around the World; Synthesis in Diversity*. Berlin. New York. Mouton de Gruyter, pp. 1015-1018.
- (1998). "Sites of Symbolic Density: A Relativistic Approach to Experienced Space". En Andrew Light (comp) *The Meaning of Place. Society of Philosophy and Geography* (en prensa).
- MITSCHERLICH, Alexander (1969). *La inhospitalidad de nuestras ciudades*. Madrid. Alianza.
- PARRET, Herman (1993). *The Aesthetics of Communication; Pragmatics and Beyond*. Stuart Rennie (trans.) Dordrecht. Kluwer.
- ROMERO Duarte, Benjamín (1990). "Entrevista a Matías Goertiz". En *Artes* #18.
- ROSSI, Aldo (1971). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona. Gustavo Gili.
- SÁNCHEZ Macgregor, Joaquín. Periódico *Uno Más Uno*, 3 de junio de 1979.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1967). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires. Losada.
- SENNETT, Richard (1975). *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona. Península.
- SILVA, Armando (1992). *Imaginario Urbano*. Colombia. Tercer Mundo.
- SOMMER, Robert (1974). *Espacio y comportamiento individual*. Madrid. Instituto de Estudios de Administración Local.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de (1936). *El Palacio Nacional; monografía histórica y anecdótica*. México. Cia. General de Ediciones.
- (1946). *Historia de la Ciudad de México según los relatos de sus cronistas*. México. Editorial Pedro Robredo.
- VATTIMO, Gianni (1986). *El fin de la modernidad*. México. Gedisa.
- (1994). *La sociedad transparente*. Madrid. Paidós.
- WILSON, Elizabeth (1995). "The Rhetoric of Urban Space". En *New Left Review*, enero 1, p. 209.